

# LA DAMA QUE CONDUJO «EL ALMA»

*CORDWAINER SMITH*

## I

La historia decía..., ¿qué decía la historia? Todo el mundo había oído hablar de Helen América y el señor Ya-no-cano, pero nadie conocía exactamente los pormenores. Los nombres de los dos resplandecían ahora engarzados en joyas intemporales. A veces la gente los comparaba con Eloísa y Abelardo (habían encontrado la historia entre los libros de una biblioteca enterrada desde hacía mucho tiempo), en otras épocas los compararían a la historia fantástica, encantadoramente fea, del Capitán Taliano y la dama Dolores Oh.

En todo esto, dos cosas se destacaban: el amor de la pareja y la imagen de las grandes velas, finísimas alas de metal con que los cuerpos de los hombres habían revoloteado al fin entre los astros.

Mencionaban a Ya-no-cano y otros la conocían a ella. La mencionaban a ella y otros lo conocían a él. Ya-no-cano fue el primer navegante que vino, y ella fue la dama que llevó *El Alma*.

Era una suerte que los retratos de ambos se hubiesen perdido. El romántico héroe era un hombre muy joven, prematuramente envejecido y todavía bastante enfermo cuando se inició la historia. Helen América era rara, pero agradable: una morena pequeña, solemne, triste, que había nacido entre las risas de la humanidad. No era la heroína alta y segura de sí misma, como la actriz que la interpretó más tarde.

Sin embargo, era una maravillosa navegante. Eso no se discutía. Y con el cuerpo y la mente amó al señor Ya-no-cano, mostrando una devoción que los siglos no pueden superar ni olvidar. La historia puede borrar la pátina de los nombres y las apariencias, pero ni siquiera la historia es capaz de amenguar el amor de Helen América y el señor Ya-no-cano.

Ambos, no lo olvidemos, eran navegantes.

## II

La niña jugaba con un spieltier. Se cansó de su forma de gallina y lo devolvió al estado anterior de pequeño animal peludo. Cuando estiró las orejas hasta el tamaño óptimo, el animal pareció verdaderamente curioso. Una leve brisa tiró al animal-juguete de costado, pero el spieltier se enderezó pacientemente y, tranquilo, se instaló en la alfombra.

La niña de pronto batió palmas y preguntó:

—Mamá, ¿qué es un navegante?

—Hace mucho tiempo, querida, había navegantes. Eran hombres valientes que llevaban las naves a las estrellas; los primeros viajes con gente de nuestro Sistema Solar. Y tenían unas velas enormes. No sé cómo

funcionaban, pero la luz las empujaba de algún modo y la gente tardaba la cuarta parte de una vida en hacer un viaje de ida y vuelta. En ese tiempo la gente sólo vivía ciento sesenta años, querida, y el viaje de ida o de vuelta duraba cuarenta años, pero ahora ya no necesitamos navegantes.

—Claro que no —dijo la niña—, podemos ir inmediatamente. Tú me llevaste a Marte y también a Nueva Tierra, ¿verdad, mamá? Y de pronto iremos a cualquier sitio, pero todo eso lleva sólo una tarde.

—Eso se llama planoforma, mi querida. Pero lo de los navegantes fue mucho antes que los hombres conocieran la planoforma. Y no podían viajar como nosotros, de modo que hicieron unas velas enormes tan grandes que no las podían hacer en la Tierra. Tenían que dejarlas flotando allá lejos, entre la Tierra y Marte. Y sucedió una cosa curiosa... ¿Te contaron de la época en que se heló el mundo?

—No, mamá, ¿qué fue eso?

—Bueno, hace mucho tiempo una de esas velas se soltó, y los hombres trataron de recuperarla, pues les había dado mucho trabajo. Pero la vela era tan grande que se puso entre la Tierra y el Sol. Y no hubo más luz del Sol, sólo noche todo el tiempo. Y hubo mucho frío en la Tierra. Las plantas de energía atómica trabajaban día y noche, y el aire comenzó a tener un olor raro. Y la gente estaba preocupada y en unos pocos días sacaron la vela de adelante. Y llegó la luz del Sol otra vez.

—Mamá, ¿hubo alguna vez navegantes mujeres?

Una extraña expresión cruzó por la cara de la madre.

—Hubo una. Ya sabrás de ella luego, cuando seas mayor. Se llamaba Helen América y llevó *El Alma* a las estrellas. Fue la única mujer que lo hizo. Y es una historia maravillosa. —La madre se llevó un pañuelo a los ojos.

—Mamá, cuéntame ahora. ¿Cómo es la historia? —dijo la niña.

La madre se mostró entonces muy firme y dijo:

—Querida, todavía no tienes edad para saber ciertas cosas. Cuando seas grande te contaré todo. —La madre era una mujer sincera. Pensó un momento y agregó—: ...a menos que tú te enteres antes en un libro.

### III

Helen América iba a ser alguien en la historia de la humanidad, pero empezó mal. El nombre mismo era una desgracia.

Nadie supo nunca quién fue su padre. Los funcionarios se pusieron de acuerdo para no hablar del asunto.

De la madre no había dudas. La madre era la célebre varona Mona Muggeridge, una mujer que había lanzado cientos de campañas en pro de una causa perdida: la identidad completa de los dos géneros. Había sido una feminista más allá de cualquier límite y cuando Mona Muggeridge, la mismísima y única señorita Muggeridge, anunció a la prensa que iba a tener un bebé, aquello fue toda una noticia.

Mona Muggeridge no se detuvo allí. Anunció haber llegado a la convicción de la no conveniencia de identificar al progenitor. Aconsejó a las mujeres que no tuvieran hijos consecutivos con el mismo hombre; había que variar los padres, para diversificar y embellecer así la raza. Terminó anunciando que ella, la señorita Muggeridge, había elegido al padre perfecto y produciría inevitablemente el único hijo perfecto.

La señorita Muggeridge, una rubia huesuda y pomposa, declaró que evitaría la tontería del matrimonio y de los nombres de familia y que, por lo tanto, si el bebé era varón se llamaría John América; y si era niña, Helen América.

Así fue como nació la pequeña Helen América, con los corresponsales de los servicios de prensa esperando junto a la sala de alumbramiento. Las pantallas de noticias mostraron la imagen de un hermoso bebé de tres kilos.

—Es una niña.

—El bebé perfecto.

—¿Quién es el papá?

Eso fue sólo el comienzo. La señorita Muggeridge era belicosa. Insistía diciendo, aun después que el bebé fuera fotografiado por milésima vez, que era la criatura más perfecta que había nacido jamás. Señalaba las perfecciones del bebé. Demostró tener todo el cariño insensato de una madre dependiente, pero sintió que ella, la gran cruzada, había descubierto esa ternura por primera vez.

Decir que estas circunstancias fueron una dificultad para la niña sería poco.

Helen América fue un maravilloso ejemplo de materia prima humana que vence a sus torturadores. Cuando tenía cuatro años hablaba seis idiomas y comenzaba a descifrar algunos de los viejos textos marcianos. A la edad de cinco años la enviaron a la escuela. Los otros niños pronto le dedicaron un pequeño poema:

*Helen, Helen,  
tonta y pesada,  
de su papá  
no sabe nada.*

Helen soportó todo esto y, tal vez por accidente, llegó a convertirse en una persona sólida: una trigueña mortalmente seria. Acuciada por los estudios, perseguida por la publicidad, se volvió cautelosa y reservada con respecto a los amigos, sintiéndose desesperadamente sola.

Cuando Helen América tenía dieciséis años, la madre terminó de mal modo. Mona Muggeridge anunció que se fugaba con un hombre que era el marido perfecto para el matrimonio perfecto descuidado hasta ahora por la humanidad. El marido perfecto era un experto pulidor de máquinas. Tenía ya una mujer y cuatro hijos. Tomaba cerveza y el interés que sentía por la señorita Muggeridge parecía ser una afable camaradería unida a un notable conocimiento del dinero que ella manejaba. El yate planetario en que se habían fugado violó las normas volando fuera de todo horario. La mujer y los hijos del novio habían

alertado a la policía. El resultado fue un choque con una lancha automática. Nadie pudo identificar los cuerpos.

A los dieciséis años, Helen era ya célebre; y a los diecisiete ya estaba olvidada, y muy sola.

#### IV

Era el tiempo de los navegantes. Miles de proyectiles de reconocimiento fotográfico y de medición habían comenzado a regresar de las estrellas. La humanidad fue incorporando un planeta tras otro. Los proyectiles de exploración interestelar regresaban con fotografías de los nuevos mundos, muestras de atmósfera, mediciones de la gravedad, la densidad de las nubes, composición química y cosas semejantes. De los numerosos proyectiles que volvían de sus viajes de doscientos o trescientos años, tres trajeron noticias de Nueva Tierra, un mundo tan parecido a la Tierra que podía ser colonizado.

Los primeros navegantes habían salido casi cien años atrás, con pequeños velámenes de no más de tres mil kilómetros cuadrados. El tamaño de las velas fue creciendo poco a poco. La técnica de empaque adiabático y el transporte de pasajeros en cápsulas individuales acrecentó el índice de seguridad. Fue una gran novedad cuando llegó un navegante, un hombre que había nacido y crecido bajo la luz de otra estrella. Era un hombre que había pasado un mes de agonía y de dolor, trayendo unos pocos colonos congelados, guiando la inmensa nave de vela impulsada por la luz, y que había recorrido los abismos interestelares en un tiempo objetivo de cuarenta años.

La humanidad vio por primera vez a un navegante. Tenía algo de plantígrado en el modo de caminar y el movimiento del cuello era brusco, rígido, mecánico. No era joven ni viejo. Había estado despierto y consciente durante cuarenta años, gracias a la droga que permitía un limitado estado de vigilia. Cuando los psicólogos lo interrogaron, primero para informar a la Instrumentalidad y luego para los servicios de noticias, fue bien claro que esos cuarenta años le parecían sólo un mes. Nunca se ofreció para volver, pues había envejecido realmente cuarenta años. Era un hombre joven y tenía esperanzas y deseos de hombre joven, pero había consumido la cuarta parte de una vida humana en una única y angustiosa experiencia.

En esa época Helen América se fue a Cambridge. El Lady Joan's College era el mejor colegio de mujeres del Mundo Atlántico: Cambridge había reconstruido sus costumbres protohistóricas y los neoringleses habían retomado otra vez aquel admirable estilo arquitectónico que volvía a unir la tradición con la más temprana antigüedad.

Naturalmente el idioma era el terrestre cosmopolita y no el inglés arcaico, pero los estudiantes estaban orgullosos de vivir en una universidad reconstruida, muy semejante, según las evidencias arqueológicas, a las universidades anteriores a la época de confusión y tinieblas. Helen brilló un poco en este renacimiento.

Los servicios de noticias la vigilaban del modo más cruel posible. Reunieron el nombre de Helen y la historia de la madre. Luego la olvidaron de nuevo. Se había presentado para seis profesiones, y la última fue «navegante». Ocurrió que ella fue la primera mujer en hacer la solicitud: la primera porque era la única mujer que no sobrepasaba la edad límite y que había cumplido a la vez con todos los requisitos científicos.

La fotografía de ella estuvo junto a la de él en las pantallas antes que se conocieran.

En realidad ella no era así. Había sufrido tanto en la infancia con el «*Helen, Helen, tonta y pesada*» que no tenía ninguna ambición sino en un terreno meramente profesional. Odiaba y quería y echaba de menos a la tremenda madre que había perdido y resolvió, tan ferozmente, no parecersele en nada y se convirtió al fin en una antítesis personificada de Mona.

La madre había sido robusta, rubia, grande: la clase de mujer que es feminista porque no es muy femenina. Helen pensaba más en sí misma que en su propia femineidad. Hubiera tenido la cara redonda si hubiese sido gorda, pero no era gorda. De pelo negro, ojos oscuros, cuerpo ancho, pero delgado, era la exhibición genética de un padre desconocido. Los maestros le temían a veces. Helen, pálida y callada, siempre dominaba el tema.

Los otros estudiantes habían hecho bromas sobre ella unas pocas semanas y luego, la mayoría, se unió protestando contra la indecencia de la prensa. Cuando apareció un cuadro de noticias diciendo algo ridículo acerca de la largamente difunta Mona, el murmullo corrió por el Lady Joan's College.

—Que no se entere Helen..., ya empezaron otra vez.

—No dejen que Helen mire los cuadros ahora. Es lo mejor que tenemos en ciencias no colaterales y no podemos dejar que nada la perturbe justo antes de los exámenes...

La protegieron, y si Helen se vio la cara en el cuadro de noticias fue sólo por casualidad. Junto a la cara de ella vio la cara de un hombre. El hombre parecía un mono pequeño y viejo, pensó Helen. En seguida leyó: «MUCHACHA PERFECTA DESEA SER NAVEGANTE. ¿DEBERÁ NAVEGANTE SALIR CON MUCHACHA PERFECTA?» Las mejillas le ardieron a Helen de impotencia, inevitable rabia y turbación, pero se había vuelto demasiado experta en ser ella misma para caer en lo que hubiera hecho años antes: odiar al hombre. Sabía que tampoco era culpa de él. Ni siquiera era culpa de los tontos y agresivos hombres y mujeres de los servicios de noticias. Era la época, era la costumbre, era la humanidad. Pero Helen sólo tenía que ser ella misma, si es que alguna vez descubría qué significaba eso realmente.

## V

Los posibles encuentros de los dos navegantes al principio parecían escenas de pesadilla.

Un servicio informativo envió una mujer a decirle a Helen que se había ganado una semana de vacaciones en Nuevo Madrid.

Con el navegante de las estrellas.

Helen se negó.

Luego él también se negó, reaccionando demasiado pronto para el gusto de Helen. Helen empezó a interesarse en el hombre.

Pasaron dos semanas, y en las oficinas del servicio de noticias un tesorero le llevó dos papeles al director. Eran los documentos para que Helen América y el señor Ya-no-cano obtuviesen lo mejor en lujo de primera clase en Nuevo Madrid. El tesorero dijo:

—Los hemos emitido y registrado en los instrumentos como regalos, señor. ¿Hay que anularlos?

El director ya estaba harto de historias aquel día y se sintió humano. En un arranque le ordenó al tesorero:

—Le diré: Dele esos pasajes a los jóvenes. Sin publicidad. No nos meteremos. Si no los quieren, no los tendrán. Dese prisa. Eso es todo. Retírese.

El pasaje volvió a Helen. Helen había obtenido las notas universitarias más altas de las que se tuviese noticias y necesitaba un descanso. Cuando la mujer del servicio de informaciones le dio el pasaje, Helen dijo:

—¿Es una trampa? —Le aseguraron que no. Preguntó entonces—: ¿Va ese hombre también?

No pudo decir «el navegante» —así hablaba ella de la gente— y francamente no recordaba el otro nombre.

La mujer no sabía.

—¿Tengo que verlo? —dijo Helen.

—No, por supuesto —dijo la mujer; el regalo era incondicional.

Helen se rió, casi poniendo mala cara.

—Está bien, lo acepto y gracias. Pero entiéndame, un fotógrafo, un solo fotógrafo, y abandono todo. O tal vez abandone todo sin ningún motivo. ¿De acuerdo?

La mujer estuvo de acuerdo.

Cuatro días más tarde Helen estaba en el mundo de placeres de Nuevo Madrid, y un maestro de danzas la presentaba a un viejo extraño e intenso que tenía el pelo negro.

—La joven científica Helen América... El navegante de las estrellas, señor Ya-no-cano.

El maestro los miró astutamente, mostró una sonrisa amable, experimentada, y añadió la frase vacua, profesional:

—He tenido el honor y me retiro.

Helen y el señor Ya-no-cano se quedaron solos, juntos, a un lado del comedor. El navegante miró a Helen muy serio, y luego dijo:

—¿Quién es usted? ¿Es alguien que ya conozco? ¿Tengo que recordarla? Hay demasiada gente en este planeta. ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué se supone que haremos? ¿Quiere sentarse?

Helen dijo «sí» a todas esas preguntas y nunca soñó que ese simple sí sería pronunciado por cientos de grandes actrices, cada una a su manera, en los siglos venideros.

Se sentaron.

Cómo sucedió el resto ninguno de los dos lo supo nunca con exactitud.

Helen había tenido que calmarlo, casi como si él fuera un enfermo de la Casa de Recuperación. Le explicó los platos y, cuando vio que seguía indeciso, pidió para él las recomendaciones del robot. Le recordó, muy amablemente, los buenos modales, que él había olvidado: ponerse de pie para desdoblar la servilleta, dejar las migajas en la bandeja solvente y la vajilla de plata en el conversor.

Finalmente, el señor Ya-no-cano se tranquilizó y pareció menos viejo.

Olvidando por un instante las miles de veces que le habían hecho a ella preguntas tontas, Helen dijo:

—¿Por qué se hizo *usted* navegante?

El señor Ya-no-cano la miró con ojos inquisitivos, como si ella hubiese estado hablando en una lengua desconocida y ahora esperara una contestación. Al fin, el señor Ya no-cano musitó:

—¿Usted... usted también dice que... no debería haberlo hecho?

Helen América se llevó la mano a la boca, en instintivo gesto de excusa.

—No, no, no. Yo misma he pedido ser navegante.

El señor Ya-no-cano la miró un rato, observándola atentamente con ojos jóvenes-viejos. No le clavó la vista; parecía, simplemente, que estaba tratando de entender unas palabras, que entendía por separado, pero que en conjunto eran un verdadero disparate.

Helen América no apartó los ojos, a pesar de la extraña mirada del señor Ya-no-cano. Le era posible una vez más advertir la indescriptible peculiaridad de este hombre que había manejado enormes velas en el oscuro vacío entre inmutables estrellas. El señor Ya-no-cano parecía un muchacho. El pelo que le daba nombre era de un color negro lustroso. Debían de haberle eliminado la barba permanentemente, pues la cara recordaba la de una mujer madura: cuidada, agradable, pero con las arrugas inconfundibles de la edad y sin rastros de la barba corta normal preferida por los hombres de la cultura de Helen. La piel tenía muchos años, sin experiencia. Los músculos habían envejecido, pero no mostraban *cómo* había crecido la persona.

Helen había aprendido a observar a la gente en la época en que la madre pasaba de un fanático a otro. Sabía muy bien que todos llevan la biografía secreta escrita en los músculos de la cara, y que un extraño que se cruza con nosotros en la calle nos cuenta (quíéralo o no) sus intimidades más profundas. Mirando atentamente, y en las condiciones adecuadas, vemos en seguida lo que ha llenado las horas de una vida: el temor o la esperanza o la diversión; adivinamos el origen y el resultado de los placeres más íntimos, percibimos los reflejos borrosos pero persistentes de otras personas. Todo esto le faltaba al señor Ya-no-cano: tenía la edad pero no la marca de la edad; había crecido sin las señales normales del crecimiento; había vivido sin vivir, en una época y en un mundo en el que casi todos se mantenían jóvenes aunque vivían demasiado.

Helen no había visto nunca nada más opuesto a Mona y, sintiendo una punzada de dolorosa aprensión, comprendió que este hombre sería muy importante para ella, de un modo o de otro. Vio en él a un joven soltero, prematuramente viejo, que se había enamorado del horror y el vacío, desdeñando las recompensas

y desengaños materiales. La amante de Yano-cano había sido el espacio entero, y el espacio lo había tratado duramente. Joven todavía, era viejo; viejo ya, era joven.

Helen América estaba segura que ni ella ni nadie habían visto alguna vez algo parecido. El señor Ya-no-cano tenía ya al principio de la vida la tristeza, la piedad y la sabiduría que casi todos alcanzan sólo en los últimos años.

El señor Ya-no-cano rompió el silencio.

—Usted dijo hace un rato que quería ser navegante.

A Helen misma la respuesta le pareció tonta e infantil.

—Soy hasta ahora la única mujer que tiene los documentos científicos necesarios y es todavía bastante joven como para aprobar el examen físico...

—Usted tiene que ser una muchacha excepcional —dijo blandamente el señor Ya-no-cano. Helen América comprendió, emocionada, con una esperanza agridulce, que este joven-viejo de las estrellas nunca había oído hablar de la «criatura perfecta» de la que todos se habían reído cuando nació, que tenía por padre a toda América, que era famosa y excepcional y estaba tan sola que ni siquiera podía pensar en llegar a ser una mujer común, feliz, decente, o simple.

Helen pensó: *«Sólo un monstruo sabio que viene navegando de las estrellas puede ignorar quién soy»*, pero le dijo al señor Ya-no-cano:

—No vale la pena decir que soy «excepcional». Estoy cansada de esta Tierra y, ya que no tengo que morir para dejarla, creo que me gustaría viajar a las estrellas. No tengo tanto que perder...

Helen empezó a contar la historia de Mona Muggeridge, pero calló a tiempo.

Los ojos grises y compasivos miraban a Helen, y era él ahora y no ella quien dominaba la situación. Helen miró los ojos. Aquellos ojos habían estado abiertos cuarenta años, en la oscuridad casi completa de la menuda cabina. Los débiles tableros habían llegado a brillar como soles llameantes, lastimándole las cansadas retinas antes que él pudiese apartar los ojos. De vez en cuando el señor Ya-no-cano había mirado el negro vacío y había visto allí las imágenes de los tableros, negro claro contra negro oscuro, mientras los kilómetros de velas absorbían el impulso de la luz, y aceleraban la nave en un océano de insondable silencio. No obstante, lo que el señor Ya-no-cano había hecho era lo que Helen quería hacer.

La mirada de los ojos grises fue cediendo y al fin el señor Ya-no-cano sonrió. En aquel rostro joven-viejo, de estructura masculina y textura femenina, la sonrisa tenía una connotación de inmensa bondad. Helen sintió unos extraños deseos de echarse a llorar. ¿Era eso lo que la gente aprendía en las estrellas? ¿Interesarse de veras por los demás y mostrarles cariño y no intentar devorarlos como presas?

El señor Ya-no-cano dijo con una voz medida:

—Le creo. Nunca le creí antes a nadie. Muchos dijeron también que querían ser navegantes, aún después de verme a mí. No podían saber, pero lo decían de todos modos y por eso los odié. Usted..., usted es diferente. Quizá navegue entre las estrellas, aunque espero que no.



Como si acabara de despertar de un sueño, el señor Ya-no-cano miró la lujosa habitación, los dorados y esmaltados robots-camareros que se apartaban con descuidada elegancia. Los robots habían sido diseñados para estar siempre presentes y nunca molestar: un efecto estético difícil de lograr.

El resto de la noche transcurrió de un modo que parecía inevitable, como la buena música. El señor Ya-no-cano fue con Helen a la playa siempre-sola que los arquitectos de Nuevo Madrid habían construido junto al hotel. Hablaron un poco, se miraron e hicieron el amor con una seguridad afirmativa que parecía no pertenecerles. El señor Ya-no-cano fue muy tierno, y no se dio cuenta que, en una sociedad genéticamente sofisticada, él era el primer amante que Helen había deseado tener, o había tenido. (¿Cómo podría la hija de Mona Muggerridge necesitar la compañía de un amante, o de un compañero o de un hijo?)

A la tarde siguiente, apoyándose en la libertad de ese entonces, Helen le pidió al señor Ya-no-cano que se casase con ella. Habían vuelto a la playa privada donde unos muy sutiles ajustes en el microclima habían traído una tarde polinésica a la alta y fría meseta de España central.

Ella se lo pidió a él, y él se negó, con ternura y bondad, como un hombre de sesenta y cinco años que se niega a una muchacha de dieciocho. Ella lo apremió; continuaron la agridulce intriga amorosa.

Estaban sentados en la arena artificial de la playa artificial metiendo los dedos de los pies en el agua del océano. Luego se recostaron contra una duna artificial que ocultaba la vista de Nuevo Madrid.

—Escucha —dijo Helen—, ¿puedo preguntarte otra vez por qué te hiciste navegante?

—No es fácil de contestar —dijo el señor Ya-no-cano—. La aventura quizá. Al menos en parte. Y yo quería ver la Tierra. No podía permitirme venir en una cápsula. Ahora..., bueno, ahora tengo bastante como para el resto de mi vida. Puedo volver a Nueva Tierra como pasajero en un mes en vez de cuarenta años: helado en un abrir y cerrar de ojos, encerrado en la cápsula adiabática, cargado en la próxima nave de vela, y despierto otra vez en casa mientras algún otro tonto trabaja como navegante.

Helen asintió. No se tomó la molestia de decirle al señor Ya-no-cano que ella ya lo sabía. Estaba investigando la navegación de vela desde que había conocido al navegante.

—Allá donde navegas, entre los astros —dijo Helen—, ¿puedes decirme..., puedes quizá decirme cómo es allá? —El rostro del señor Ya-no-cano miró hacia adentro, al alma, y luego la voz le vino como de una lejanía:

—Hay momentos..., o semanas..., no se puede saber verdaderamente en la nave de vela..., en que parece que vale la pena. Sientes... que las terminaciones nerviosas se alargan y tocan los astros. Te sientes enorme, de algún modo. —Poco a poco el señor Ya-no-cano se fue animando—. No hace falta que te diga, por supuesto, que ya nunca serás el mismo. No quiero decir físicamente, lo que es obvio, sino que... uno se encuentra a sí mismo, o se pierde, tal vez. Por eso no lo soporto —continuó el navegante mientras movía la mano señalando Nuevo Madrid, oculto detrás de la duna—. Nueva Tierra, bueno, supongo que será como la Tierra en los viejos tiempos. Hay algo fresco allá. Aquí...

—Lo sé —dijo Helen América, y lo sabía. El aire de la Tierra, algo decadente, algo corrupto, demasiado cómodo, debía de tener un efecto sofocante en el hombre de más allá de los astros.

—Allí —dijo el señor Ya-no-cano—, y esto no lo crearás, el océano está a veces demasiado frío para nadar un rato. Tenemos música que no sale de máquinas y placeres que nacen en nuestros cuerpos sin que nadie los ponga ahí. Tengo que volver a Nueva Tierra.

Helen no dijo nada, concentrándose para acallar el dolor que le apretaba el corazón.

—Yo... yo... —empezó.

—Ya sé —dijo ferozmente el señor Ya-no-cano, casi abalanzándose sobre ella—. Pero no puedo llevarte. ¡No puedo! Eres demasiado joven, tienes una vida que vivir, y yo he desperdiciado una cuarta parte de la mía. No, eso no es cierto. No la desperdicié. No quisiera recuperarla, de ningún modo, pues me ha dado algo adentro que nunca tuve antes. Y me dio a ti.

—Pero si... —dijo otra vez Helen.

—No. No arruines este momento. La próxima semana estaré helado en mi cápsula, esperando la nave de vela. No puedo soportarlo mucho más y tal vez me debilite. Sería un error lamentable. Pero ahora tenemos este instante para los dos, y luego nuestras vidas separadas para recordarlo. No pienses más. No hay nada, nada que podamos hacer.

Helen no le habló —ni entonces ni nunca— de ese niño que era ya una esperanza para ella, ese niño que ya no tendrían. Oh, ella podía haberle hablado del niño, obligando al señor Ya-no-cano, que era un hombre honorable, para que se hubiese casado con ella. Pero el amor de Helen, aún entonces en la juventud, era tal que ella no podía recurrir a esos medios. Helen quería que el señor Ya-no-cano se le acercase voluntariamente, y que se casase porque sin ella no podía vivir. En ese matrimonio, el niño hubiese sido una bendición más.

La alternativa, por supuesto, era dar a luz al niño sin nombrar al padre. Pero ella no era Mona Muggeridge. Conocía demasiado bien los terrores, la inseguridad y la soledad de Helen América para atreverse a crear otra. Y en el camino que se había propuesto seguir no había lugar para un hijo. Helen hizo lo único que podía hacer cuando ya iban a dejar Nuevo Madrid: permitió que el señor Ya-no-cano le dijese adiós de veras. Se alejó de allí, muda y sin lágrimas, y luego se fue a una ciudad ártica, una ciudad de placer donde esos problemas eran bien conocidos y, sintiéndose culpable, preocupada y triste, apeló a un servicio médico confidencial que eliminó al niño todavía no nacido. Luego Helen volvió a Cambridge y confirmó su inscripción como la primera mujer que llevaría una nave de vela a las estrellas.

## VI

El Señor de la Instrumentalidad era en ese entonces un hombre llamado Wait. No puede decirse que Wait fuese cruel pero nunca había tenido fama de ser tierno de espíritu ni de respetar demasiado las inclinaciones aventureras de los jóvenes.

—Esta muchacha quiere llevar una nave a Nueva Tierra —le dijo a Wait el edecán—. ¿Va usted a permitirselo?

—¿Por qué no? —dijo Wait—. Una persona es una persona. La muchacha está bien preparada. Si fracasa, descubriremos algo dentro de ochenta años, cuando vuelva la nave. Si triunfa, hará callar a algunas de esas mujeres que han estado quejándose. —El Señor se inclinó sobre el escritorio—: Pero si la muchacha cumple los requisitos necesarios, y si hace el viaje, no le den ningún convicto. Los convictos son colonos demasiado buenos y demasiado valiosos para que los embarquemos en un viaje tan tonto. Hagamos una jugada un poco más azarosa. Démosle todos los fanáticos religiosos. Tenemos más que suficiente. ¿No hay veinte o treinta mil esperando?

—Sí, señor —dijo el edecán—, veintisiete mil doscientos. Sin contar los últimos.

—Muy bien —dijo el Señor de la Instrumentalidad—. Que se los lleve a todos, y denle esa nave nueva. ¿Le hemos puesto nombre?

—No, señor —dijo el edecán.

—Bueno, es hora de ponerle nombre.

El edecán parecía turbado.

Una sonrisa sabia y despreciativa atravesó el rostro del burócrata más viejo.

—Toma esa nave y dale nombre. Llámala *El Alma* y que *El Alma* vuele a las estrellas. Y que Helen América sea un ángel, si quiere. Pobrecilla, la vida no es muy buena para ella aquí en la Tierra, si recordamos cómo nació y cómo la criaron. Y es inútil tratar de reformarla, cambiarle la personalidad si es una personalidad cálida y animosa. No traería ninguna ventaja. No es necesario castigarla porque es ella misma. Que vaya. Que lo haga.

Wait se incorporó y miró de costado, repitiendo:

—Que lo haga sólo si cumple los requisitos.

## VII

Helen América cumplió los requisitos.

Los médicos y los expertos trataron de aconsejarle que no lo hiciese.

Un técnico le dijo:

—¿Se da cuenta de lo que ocurrirá? En un solo mes pasarán para usted cuarenta años de vida. Sale de aquí muy joven y llegará allá siendo una mujer de sesenta años. Bueno, quizá todavía le queden cien años después de eso. Y es doloroso. Tendrá a su cuidado a todas esas personas, miles y miles. Llevará además un cargamento terrestre. Remolcará unas treinta mil cápsulas, atadas a dieciséis cuerdas. Tendrá que vivir en la cabina de mando. Le daremos todos los robots que necesite, probablemente una docena. Tendrá una vela mayor y un trinquete y manejará los dos.

—Ya lo sé. Leí el libro —dijo Helen América—. Llevo la nave con la luz, y si el infrarrojo toca la vela, es el fin. Si hay interferencia de radio recojo las velas; y si las velas fallan, espero hasta que se me acabe la vida.

El técnico parecía un poco malhumorado.

—Nadie la obliga a ponerse trágica. Es fácil imaginar tragedias. Y si quiere ser trágica, séalo, pero sin destruir a treinta mil personas y sin arruinar muchos bienes terrestres. Puede ahogarse aquí mismo, o tirarse de cabeza a un volcán como los japoneses de antes. La tragedia no es la parte difícil. La parte difícil es cuando las cosas no le salen bien del todo a uno y hay que seguir luchando. Cuando hay que seguir y seguir y seguir enfrentando obstáculos realmente irremediables, o verdaderas tentaciones de desesperación.

»Le mostraré el funcionamiento del trinquete. El ancho máximo es de treinta mil kilómetros. Se va adelgazando, y el largo total llega a los ciento veinte mil kilómetros. Unos pequeños servo-robots se encargarán de recogerla y de tenderla. Los servo-robots son gobernados por radio. Le convendrá no recurrir mucho a la radio. Al fin y al cabo esas baterías, aunque son atómicas, tienen que durarle cuarenta años. La mantendrán con vida a usted.

—Sí, señor —dijo Helen América muy triste.

—No olvide cuál es el trabajo de usted. Usted va porque es económica; un navegante pesa mucho menos que una máquina. No hay hasta ahora ninguna computadora múltiple que sólo pese cincuenta kilos. Usted sí. Usted va porque podemos sacrificarla. Quienquiera que viaje a las estrellas tiene una probabilidad sobre tres de no llegar nunca. Pero usted no va porque sea un líder; usted va porque es joven. Una vida que dar y una vida que proteger. Usted va porque tiene los nervios bien templados. ¿Me entiende?

—Sí, señor, sí.

—Además, usted va porque hará el viaje en cuarenta años. Si enviásemos aparatos mecánicos para manejar las velas, llegarían a los astros..., quizá. Pero tardarían de cien a ciento veinte años, o más, y en ese entonces las cápsulas adiabáticas ya se habrían deteriorado, la mayor parte del cargamento humano no podría ser revivido, la pérdida de calor arruinaría la expedición, y ya nadie ni nada podrían evitarlo. Recuerde entonces que la tragedia y las dificultades que le esperan son principalmente trabajo. Trabajo, nada más. Esa es su tarea.

Helen sonrió. Era una muchacha baja, de pelo abundante y oscuro, ojos castaños y cejas muy pronunciadas, pero cuando sonreía parecía casi una niña, una niña encantadora.

—Mi tarea es trabajar —dijo—. He entendido muy bien, señor.

## VIII

En la zona de adiestramiento, los preparativos eran rápidos pero nadie se apresuraba. En dos ocasiones los técnicos le pidieron a Helen que se tomase unas vacaciones antes de presentarse para el ensayo final. Helen no aceptó el consejo. Quería irse; los técnicos ya sabían que ella quería dejar la Tierra para siempre,

y sabían también que ella no era sólo la hija de su mamá. Helen trataba, de algún modo, de mantenerse fiel a sí misma. Sabía que el mundo no creía en ella, pero el mundo no importaba.

La tercera vez la sugerencia de unas vacaciones fue una orden. Le dieron dos meses tristes que concluyeron un poco más animadamente en las maravillosas islas de las Hespérides, islas que habían aparecido cuando el peso de los Terrapuestos llevó a la superficie un nuevo grupo de archipiélagos al sur de las Bermudas.

Helen se presentó otra vez, preparada, sana, y lista para partir.

El funcionario médico mayor fue muy brusco.

—¿Usted sabe de veras lo que vamos a hacerle? Le haremos vivir cuarenta años de vida en un mes.

Helen, pálida, asintió con un movimiento afirmativo de cabeza, y el funcionario continuó:

—Para darle esos cuarenta años le retardaremos ante todo los procesos orgánicos. Al fin y al cabo la sola tarea biológica de respirar el aire de cuarenta años en un mes implica un factor de aproximadamente quinientos a uno. No hay pulmones que puedan resistirlo. Habrá que prepararle el cuerpo para que el agua circule, llevando alimentos, proteínas sobre todo, aunque también algunos hidratos. Además necesitará usted vitaminas.

»La primera operación será retardarle el cerebro, mucho, para que trabaje en ese nivel de quinientos a uno. No queremos incapacitarla. Alguien tiene que manejar las velas.

»Por lo tanto, si vacila usted o si se pone a pensar, uno o dos pensamientos le llevarán varias semanas. También podemos retardarle el cuerpo, las diferentes partes, pero no de la misma manera. El agua, por ejemplo, se la rebajamos en una proporción de ochenta a uno. Los alimentos, trescientos a uno.

»No le alcanzará el tiempo para beberse el agua de cuarenta años. El agua circulará por todo el cuerpo, será purificada, y entrará otra vez en el sistema, a menos que usted interrumpa el circuito.

»De modo que tendrá que pasar un mes absolutamente despierta, en una mesa de operaciones, mientras la operamos sin anestesia; uno de los trabajos más difíciles que haya encontrado hasta ahora la humanidad.

»Tendrá usted que vigilar, tendrá que observar las cuerdas sujetas a las cápsulas de gente y de cargamento, tendrá que ajustar las velas. Si hay alguien vivo en el lugar de destino, ellos saldrán a su encuentro.

»Al menos eso pasa la mayoría de las veces.

»No le voy a asegurar que llegará allá con la nave. Si no salen a recibirla, entre en órbita más allá del último planeta y resígnese a morir o trate de salvarse. Sin ayuda no podrá llevar a puerto a treinta mil personas.

»Mientras, sin embargo, le espera a usted una verdadera tarea. Vamos a tener que ponerle esos controles dentro del cuerpo. Empezaremos por unas válvulas en las arterias principales. Luego pasaremos a cateterizarle el agua. Le haremos una colostomía artificial que le saldrá justo por aquí, delante de la articulación de la cadera. La ingestión de agua tiene un cierto valor psicológico, y dejaremos que beba

usted misma alrededor de un cinco por ciento del agua. El resto irá directamente a la corriente sanguínea. Lo mismo una décima parte de los alimentos. ¿Me entiende?

—¿Quiere decir —preguntó Helen—, que yo como un diez por ciento y que el resto lo recibo por vía intravenosa?

—Exacto —dijo el médico—. Aquí están los concentrados. Ése es el reconstructor. Mire las tuberías, tienen una doble conexión. Estas conexiones van a la máquina de mantenimientos y serán el sostén logístico de su cuerpo. Y estas tuberías son el cordón umbilical de un ser humano que está solo entre los astros. Serán su vida.

»Si se rompen o si usted se cae, puede quedar desmayada uno o dos años. En ese caso el sistema local se encarga de todo; es la caja que lleva usted a la espalda.

»En la Tierra pesa tanto como usted; ya se ha entrenado con el modelo. Sabe que es fácil manejarlo en el espacio. Eso la mantendrá a usted durante un período subjetivo de unas dos horas. Nadie ha inventado todavía un reloj que pueda compararse con la mente humana; por lo tanto, en vez de darle un reloj le ajustaremos al pulso un odómetro graduado. Si lo observa en períodos de decenas de miles de pulsaciones, tal vez le diga algo.

»Qué, no lo sabemos, pero puede servirle a usted.

El técnico miró a Helen un instante y se volvió de nuevo a la mesa de herramientas, sacando una aguja con un disco en la punta.

—Bien, volvamos a lo nuestro. Tendremos que llegar al cerebro. Esto actúa también como una sustancia química.

Helen lo interrumpió.

—Usted me dijo que no me iba a operar la cabeza.

—Sólo la aguja. No hay otro modo de llegar al cerebro y retardarlo, para que pasen cuarenta años en un mes.

El técnico sonrió, frunciendo el ceño, y sintió de pronto una momentánea ternura. La muchacha era de veras valiente y obstinada; y una joven de admirable y lastimosa determinación.

—No voy a discutir —dijo Helen—. Esto es tan malo como un matrimonio y mi novio son las estrellas.

Recordó un momento la imagen del navegante, pero no dijo nada.

El técnico siguió hablando.

—La estructura que preparamos para usted tiene ya elementos psicopáticos. Ni se le ocurra pensar que se conservará cuerda. Le conviene no preocuparse. Tendrá que estar loca de veras para manejar las velas y sobrevivir completamente sola, todo un mes. Y el problema es que ese mes va a ser para usted cuarenta años. No hay ningún espejo en la nave pero quizá encuentre superficies lustrosas para mirarse.

»No tendrá usted buen aspecto. Se verá más vieja cada vez que se detenga a mirarse. No sé cómo reaccionará. A los hombres les hizo mucho daño.

»El problema con su pelo no será tan difícil como en el caso de los hombres. A los navegantes tuvimos que matarles las raíces del pelo. De lo contrario los hombres quedarían enterrados en sus propias barbas. Y se desperdiciaría una tremenda cantidad de energía, dedicada a hacer crecer el pelo de la cara, un pelo que impediría el trabajo del hombre, pues no hay máquina capaz de cortarlo con rapidez suficiente. A usted le inhibiremos el crecimiento del pelo de la cabeza. Si le sale o no del mismo color, es algo que ya descubrirá luego. ¿Conoció al navegante que vino de las estrellas?

El médico sabía que ella lo había conocido. No sabía que el navegante se le había acercado a ella.

Helen logró mostrarse serena mientras le sonreía al doctor y decía:

—Sí, los técnicos le injertaron cuero cabelludo, recuerdo. El pelo salió negro y le pusieron ese apodo: el señor Ya-no-cano.

—Si le parece, podemos citarnos para el próximo martes. ¿Cree que estará lista para entonces, mi dama?

Helen se sintió rara oyendo que ese hombre viejo y serio la llamaba «dama», pero sabía que era un homenaje a una profesión y no a un individuo.

—Hasta el martes hay tiempo de sobra.

Helen estaba contenta. El médico, suficientemente anticuado, conocía los viejos nombres de los días y usaba esos nombres. Era una señal que no sólo había estudiado las cosas esenciales en la Universidad sino que había aprendido también las elegantes insignificancias.

## IX

Dos semanas después, según los cronómetros de la cabina habían pasado veintiún años. Helen se volvió por diez milésima vez a observar las velas.

Sentía en la espalda unos latidos dolorosos; el corazón le rugía como un vibrador de alta velocidad en el lapso temporal de la conciencia. Helen podía mirarse el medidor de la muñeca y ver cómo las agujas señalaban muy lentamente decenas de miles de pulsaciones.

El aire era un silbido constante en la garganta, mientras los pulmones parecían temblar de velocidad.

Y Helen sentía el dolor intermitente de una extensa tubería que llevaba una inmensa cantidad de agua espesa directamente a la arteria del cuello.

Parecía como si alguien le hubiese encendido un fuego en el abdomen. El tubo de evacuación funcionaba de modo automático, pero Helen lo sentía en la piel como una brasa ardiente, y un catéter, que le conectaba la vejiga con otro tubo, la agujoneaba como el pinchazo de una aguja calentada al rojo. Le dolía la cabeza y se le nublabla la vista. Sin embargo, aún podía ver los instrumentos y aún podía mirar las velas.

De cuando en cuando alcanzaba a ver, tenue como un rastro de polvo, la inmensa madeja de gente y de carga que flotaba detrás.

Helen no podía sentarse. El cuerpo le dolía demasiado.

Había una única manera de estar cómoda y descansar: apoyarse en el panel de instrumentos; las costillas inferiores contra el panel, la frente cansada en los medidores.

Una vez estaba apoyada de ese modo y descubrió que tardaba dos meses y medio en levantarse. Sabía que el descanso no tenía significado, y veía cómo se le movía la cara, una imagen distorsionada que envejecía en una superficie de vidrio, el medidor de «peso aparente». Podía verse borrosamente los brazos y la piel que se estiraba y se aflojaba de nuevo, junto con los cambios de temperatura.

Helen miró una vez más las velas y decidió recoger el trinquete. Cansada, se arrastró sobre el panel con un servo-robot. Buscó la llave indicada y la abrió una semana aproximadamente. Esperó allí, sintiendo el zumbido del corazón, el aire que le silbaba en la garganta, las uñas que se le rompían suavemente a medida que iban creciendo. Al fin verificó si la llave era la correcta, cerró otra vez pero no ocurrió nada.

Helen movió la llave una tercera vez. No hubo respuesta.

Regresó al panel principal, leyó de nuevo los instrumentos, verificó la dirección de la luz, descubriendo una cierta cantidad de presión infrarroja que debía de haber detectado antes. Las velas, muy poco a poco, habían subido casi a la velocidad de la luz, pues se movían rápidamente con un lado oscurecido; detrás las cápsulas, selladas contra el tiempo y la eternidad, nadaban livianas y obedientes.

Helen observó; la lectura había sido correcta.

La vela estaba mal.

Helen volvió al panel de emergencia. No sucedió nada.

Puso en movimiento un robot de composturas y lo envió a hacer reparaciones metiendo las tarjetas de información con la mayor rapidez posible. El robot salió al exterior y un instante (tres días) después trajo un mensaje. El panel del robot de composturas decía: «No responde.»

Helen envió un segundo robot de composturas, que tampoco hizo el trabajo.

Helen envió un tercer robot, el último. Dos luces brillantes la miraron de frente: «No responde.» Helen llevó los servo-robots al otro lado de las velas y tiró con fuerza.

La vela no estaba aún en el ángulo correcto.

Helen se quedó allí, fatigada y perdida en el espacio, y rezó:

—No por mí, Señor, pues estoy huyendo de una vida que no quise; por las almas de esta nave y por los pobres tontos que llevo, gente valiente, que tiene una religión, y necesita la luz de otra estrella; por ellos te pido, Señor, que me ayudes ahora.

Helen pensó que había rezado con mucho fervor y esperaba que le llegase una respuesta.



No fue así. Helen se sintió aturdida, sola.

No había sol. No había nada, excepto la pequeña cabina, y Helen estaba allí más sola que ninguna mujer en toda la historia. Sintió la sacudida y el temblor de los músculos que se le ajustaban con el paso de los días mientras la mente sólo notaba el paso de unos pocos minutos. Helen se inclinó hacia adelante, se obligó a sí misma a no abandonarse y, al fin, recordó que uno de los entremetidos funcionarios había incluido un arma.

En qué había de usar un arma ella no lo sabía.

El arma apuntaba. Tenía un alcance de cuatrocientos mil kilómetros. El blanco se podía elegir automáticamente.

Helen se arrodilló, arrastrando el tubo abdominal y el tubo de alimentación y los tubos de catéteres, y los alambres del casco todos conectados al panel. Se agachó debajo del panel de los servo-robots y sacó un manual escrito. Al cabo de un rato encontró la frecuencia correcta del arma. La preparó y fue a la ventana.

En el último momento pensó que el disparo podía destruir la ventana. Un arma así tenía que ser capaz de disparar a través de la ventana sin romperla.

Helen pensó en el asunto una a dos semanas.

En el instante en que ya iba a disparar se volvió y allí, junto a ella, estaba el navegante, el navegante de las estrellas, el señor Ya-no-cano. El señor Ya-no-cano dijo:

—Así no funcionará.

El navegante seguía limpio y elegante, como cuando ella lo había visto en Nuevo Madrid. No tenía tubos, no temblaba, y Helen veía cómo le subía y le bajaba el pecho normalmente cada vez que respiraba en intervalos aproximados de una hora. Una parte de la mente de Helen sabía que el navegante era una alucinación; otra parte creía que era real. Helen sentía que se había vuelto loca, y le alegraba estar loca en ese momento, y dejó que la alucinación la aconsejase. Montó otra vez el arma para que disparase ahora a través de la pared de la cabina, y apuntó al mecanismo de reparación, más allá de la vela retorcida e inmóvil.

El disparo bajo dio resultado. La interferencia había sido algo que escapaba a toda previsión técnica. El arma había limpiado la misteriosa obstrucción, liberando a los servo-robots que se pusieron a trabajar como una tribu de hormigas enloquecidas. Todos habían desarrollado ya defensas interiores contra los impedimentos menores del espacio. Ahora corrían y saltaban de un lado a otro.

Con una sensación de perplejidad algo semejante al éxtasis, Helen vio cómo el viento de la luz estelar hinchaba las velas inmensas. Las velas volvieron bruscamente a su posición normal. Helen sintió el breve tirón de la fuerza de gravedad, como un peso leve, *El Alma* estaba otra vez en ruta.

—Es una muchacha —le dijeron en Nueva Tierra—. Es una muchacha. Debía de tener dieciocho años.

El señor Ya-no-cano no lo creyó.

Pero fue al hospital y allí, en el hospital, vio a Helen América.

—Aquí estoy, navegante —dijo Helen—. Yo también navegué. —La cara de Helen estaba pálida como la tiza; tenía la expresión de una muchacha de veinte años y el cuerpo de una mujer bien conservada de sesenta años.

En cuanto al señor Ya-no-cano, no había vuelto a cambiar, pues había regresado dentro de una cápsula.

El señor Ya-no-cano miró a Helen. Entornó los ojos y, en un repentino cambio de papeles, fue él quien cayó de rodillas junto a la cama de ella, cubriéndole las manos de lágrimas.

El señor Ya-no-cano balbuceó apenas:

—Huí de ti porque te amaba demasiado. Volví a este lugar porque aquí no me seguirías nunca, y si me seguías serías aún una mujer joven, y yo todavía demasiado viejo. Pero trajiste aquí *El Alma* y me quisiste.

La enfermera de Nueva Tierra no sabía cuáles eran las reglas que podían aplicarse a los navegantes. Salió silenciosamente del cuarto, sonriendo con ternura y compasión humanas. Era, sin embargo, una mujer práctica y tenía algunas ideas acerca de su propio ascenso. Llamó a un amigo del servicio de noticias.

—Creo que tengo el más grande romance de la historia —le dijo—. Si vienes pronto tendrás la primicia del romance de Helen América y el señor Ya-no-cano. Acaban de conocerse. No sé si se habrán visto en alguna otra parte. Bueno, acaban de conocerse y ya se enamoraron.

La enfermera no sabía que ellos se habían jurado amor en la Tierra. La enfermera no sabía que Helen América había hecho un viaje solitario con un helado propósito, y la enfermera no sabía que la imagen extravagante del señor Ya-no-cano, el navegante, había salido de la nada acompañando a Helen durante veinte años, en la profundidad y la oscuridad del espacio.

## XI

La pequeña niña había crecido, se había casado, y ahora tenía también una niña. La madre no había cambiado, pero el spieltier estaba muy, muy viejo. Había sobrevivido a todos los maravillosos trucos de adaptabilidad, y durante algunos años había estado siempre rígido, como una muñeca rubia de ojos azules. Sentimentalmente sensible a la adecuación de las cosas, la muchacha había vestido al spieltier con una blusa azul y unos pantalones que hacían juego. El pequeño animal se arrastró suavemente por el suelo, apoyándose en las manitas humanas, usando las rodillas como patas traseras. La falsa cara humana alzó ciegamente los ojos y chilló pidiendo leche. La joven madre dijo:

—Mamá, tendrías que deshacerte de esa cosa. Está toda gastada y queda horrible con estos muebles modernos.

—Creí que la querías —dijo la mujer mayor.

—Claro que la quiero —dijo la hija—. Cuando yo era niña, el spiertier era bonito. Pero ya no soy una niña, y además el spiertier ni siquiera funciona.

El spiertier se había puesto trabajosamente de pie y se apretaba contra el tobillo de su dueña. La mujer mayor lo tomó suavemente con la mano, y puso en el suelo un plato de leche y una taza del tamaño de un dedal. El spiertier trató de hacer una reverencia, como le habían enseñado en un principio, resbaló, y cayó de costado lloriqueando. La madre lo enderezó y el pequeño animal-juguete empezó a meter el dedal en el plato, llevándose lo luego a la boca vieja y desdentada.

—¿Recuerdas, mamá...? —dijo la mujer más joven, y se calló.

—¿Si recuerdo qué, querida?

—Tú me contaste lo de Helen América y el señor Ya-no-cano cuando la historia era nueva.

—Sí, querida, quizá te lo conté.

—No me contaste todo —dijo la mujer más joven, acusadora.

—Claro que no. Eras una niña.

—No me dijiste que fue espantoso. Toda esa gente complicada, y la vida terrible de los navegantes. No entiendo por qué idealizaste la historia y la llamaste romance...

—Pero lo fue. Lo es —insistió la madre.

—Romance un comino —dijo la hija—. Vale tan poco como tú y el spiertier estropeado. —La muchacha señaló la pequeña muñeca viviente y envejecida que se había dormido junto a la leche—. Pienso que es horrible. Tendrías que deshacerte de eso. Y el mundo tendría que deshacerse de los navegantes.

—No seas dura, querida —dijo la madre.

—No seas una vieja sentimental —dijo la hija.

—Tal vez lo somos —dijo la madre, y se rió.

Discretamente puso el spiertier dormido en una silla acolchada donde nadie podría pisarlo ni lastimarlo.

## XII

Los extraños nunca conocieron el verdadero fin de la historia.

Más de un siglo después de la boda con el señor Ya-no-cano, Helen agonizaba feliz, porque el amado navegante estaba con ella. Helen creía que si podían vencer el espacio también podían vencer la muerte.

La mente de Helen, cariñosa, feliz, fatigada, moribunda, se nubló un instante y retomó un tema del que habían hablado durante décadas.

—Tú viniste a *El Alma* —dijo—. Estuviste a mi lado cuando me perdí y no sabía cómo manejar el arma.

—Si fui entonces, mi amor, iré de nuevo, dondequiera que estés. Tú eres mi querida y mi verdadero amor. Tú eres mi dama más valiente, el más osado de los navegantes. Tú eres mía. Tú navegaste por mí. Tú eres mi dama, que llevó *El Alma*.

La voz se quebró, pero el rostro del señor Ya-no-cano no perdió la serenidad. Nunca había visto morir así a ninguna criatura humana, tan confiada y tan feliz.

**FIN**

Libros Tauro